

RESEÑAS

Deive, Carlos Esteban. *Vodú y Magia en Santo Domingo*. Santo Domingo, República Dominicana: Ediciones del Museo del Hombre Dominicano, 1979. 427 páginas.

El libro de Deive se nos presenta con una nota de José A. Caro Alvarez, director del Museo del Hombre Dominicano. Se resalta en dicha nota la carencia de escritos como el de Deive, se hace alusión a la persecución oficial a los ritos y creencias discutidos en el libro, así como a la particular animosidad entre sectores de Haití y Santo Domingo, tan relacionada con el tema de la obra.

El estudio de Deive hace su contribución en un campo largamente rezagado por mezquinas razones ideológicas de índole política, racial y religiosa. De eso no hay duda. Además, ubica el estudio de la creencia popular en una perspectiva antropológica-cultural haciendo hincapié en las contribuciones teóricas de estudiosos norteamericanos, sin olvidar aquellos de la etnografía y la teoría sociológica provenientes de Europa. Considera igualmente las fuentes dominicanas.

El libro contiene 15 capítulos, además de la presentación e introducción, un glosario de voces, una bibliografía general (en la cual se echa de menos la casa editorial, particularmente en lo que a las fuentes menos conocidas respecta), y, finalmente, un índice de nombres y lugares geográficos. Tiene también varias fotos, ilustraciones, cromolitografías reproducidas en blanco y negro, así como copias de oraciones populares.

La organización de la obra nos revela el tipo de preocupación que la motiva. Comienza con una distinción entre las nociones de "magia" y "religión", tan debatidas como formulaciones entre antropólogos y sociólogos. Procede a examinar la esclavitud negra, ambula por el territorio de los orígenes tribales, y culmina el primer ciclo del libro con el capítulo titulado "El Encuentro de las Razas". Su próximo ciclo, el cual no se señala expresamente, se inicia con un título que también delata una orientación: "El Insólito Mundo del Vodú". Procede a examinar el vodú dominicano, el ritual luasista, y termina con una consideración del vodú y el catolicismo en la República Dominicana. De aquí en adelante el libro contiene su tratamiento de lo que el autor denomina las expresiones mágicas propiamente, aún cuando afirma que la "Religión y magia están, en el vodú, inextricablemente unidas, y todos los esfuerzos por separarlas carecen de sentido" (p. 189). Comienza este ciclo con el infortunado título de "En los Dominios de la Hechicería", y lo prolonga hasta el Capítulo XII, el cual trata sobre medicina popular y "curanderismo". Sus últimos capítulos no logran integrarse al resto del texto aún cuando son temáticas importantes, a saber: "El Devenir y la Muerte", "El Contexto Socio-económico del Vodú", y finalmente, "Vodú y Magia en la Literatura Dominicana". No hay conclusión o epílogo.

Los cuatro ciclos o preocupaciones del autor pueden resumirse del siguiente modo: Primero, indagación por la literatura en lo relativo a la creencia en lo numinoso y una introducción al estudio de la africanía dominicana. Segundo: El vodú propiamente donde la autoctonía dominicana se escapa continuamente tendiendo a perpetuar la noción de que la creencia en cuestión es privativa de Haití. Tercero: La variedad de las expresiones, como son la "hechicería", la "magia" y el "curanderismo". Cuarto: Otras temáticas relacionadas pero no integradas al resto de la obra. Apenas que el capítulo sobre los factores socio-económicos no sirva de hilo conductor. Como afirmara, la organización misma está relacionada con sus dificultades. Las distinciones teóricas, hechas a menudo para otros contextos, le obligan luego a dividir en compartimientos sus valiosos datos. La distinción magia-religión es la más problemática en este sentido.

El estudio de la africanía en la cultura de América se ha realizado desde varias orientaciones teóricas. Se distinguen el enfoque histórico-cultural de raigambre herskovitsiana, la visión funcionalista, y el psicologismo. Hay autores donde ocurre una feliz congruencia de enfoques y amplitud en los modos del análisis, los cuales se mantienen como producciones señeras en el campo: Fernando Ortiz y Lydia Cabrera en las expresiones cubanas, Bastide y R. Ortiz en lo brasileño, Métraux y Bourguignon en lo haitiano, para mencionar sólo algunos. Los más ortodoxos seguidores de la posición de Herskovits han intentado demostrar las "sobrevivencias" africanas en las expresiones americanas así como hacer explícito el sincretismo con la tradición europea. Su contribución a la historia de los estudios afroamericanos es innegable, sin embargo, a menudo han adolecido de una muy formalista noción de la cultura en la cual esta se ve como una aglomeración de rasgos. La integración de estos elementos en un sistema de creencias, sistemas y prácticas más allá del "mosaico" no se considera lo central en esta perspectiva. De ahí su énfasis en la demostración del sincretismo. Los funcionalistas, por el otro lado, intentan examinar las relaciones entre la creencia y la estructura social actual de los países donde la misma ocurre. A menudo reducen la creencia a un mero mecanismo igualizador, a un sistema etnomédico, a una expresión más de las formas de la solidaridad y la cohesión social, o bien, a las meras funciones económicas del rito. Los psicólogos por su parte han limitado el estudio de las creencias afroamericanas a las particulares manifestaciones del trance y a la creencia en la posesión. Esto ha delimitado el campo de estudio. Algunos han llegado a los extremos de equiparar una expresión de creencia con la psicopatología. Si bien este extremo ha sido refutado por distinguidos investigadores (Bourguignon), el mismo Herskovits, aún persiste como visión etnocéntrica de ciertos sectores profesionales y sociales.

A pesar de lo extenso y complejo de la producción en este campo, aún carece de una visión fenomenológica, es decir, no se ha explorado con suficiente

énfasis el "inside view" del creyente hasta descifrar una cosmovisión. Los estudios afroamericanos de lo religioso necesitan aún de una etnografía profunda, o al decir de Bastide, de esfuerzos que decodifiquen los datos sociales para humanizarlos. También deben contribuir, quizá por haber intentado lo anterior, a la discusión del problema de la ideología en las Ciencias Sociales o a tender el puente sobre el gran abismo entre las concepciones de superestructura e infraestructura. La diléctica entre lo etnográfico, lo particularísimo, y los más generales planteamientos de la ciencias humanas debe propiciarse. Para lograrlo hay que comenzar por la etnografía minuciosa, en este caso por el examen de la creencia desde el punto de vista del creyente mismo, como bien sugiere Lowenthal. (1978).

El trabajo de Deive no es una exposición de la creencia desde el creyente aún cuando sienta las bases para futuros esfuerzos en esta área y no carece de investigación de campo. El autor contribuye, sin los prejuicios de otros autores que él mismo critica, a familiarizarnos con las expresiones del luasismo y con las creencias populares en Santo Domingo. Por no ser una etnografía desde el creyente, las formulaciones teóricas que aplica pueden resultar, inintencionadamente, en imposiciones al particular mundo del "cliente" o del "faculto" dominicano. En este sentido es objetable su aceptación de la distinción entre magia y religión, independientemente de que dicha distinción provenga de reputadas autoridades europeas. Podría igualmente criticarse el uso de la noción de "panteón", quizá adecuado para ciertos sistemas religiosos, pero problemático para conceptualizar las loas personales. La insistencia en la catalogación y listado de "deidades", con sus equivalencias en el vodú haitiano puede también protestarse, aún cuando sirva para establecer bases comparativas. Si algo nos demuestra la literatura sobre el vodú es su particular variabilidad por región, familia, e inclusive entre creyentes.

A pesar de esas dificultades, la obra de Deive realiza una labor importante: rechazar la imagen denigrante que algunos autores han propagado de las creencias de ciertos grupos sociales, así como afirmar que dichas creencias en la cotidianidad popular dicen más de una sociedad "que la excelsitudes de su código civil" (p. 16). Es pertinente notar que Deive lleva a cabo la crítica de aquellos que insisten en asociar las creencias y ritos bajo su consideración con un sentimiento anti-haitiano. Lo que le falta puntualizar con mayor brío es el aparato ideológico-racista que ahí opera para beneficio de unos sectores de clase.

El estudio también señala una realidad antillana, aquella de la historiografía oficial, que ha escamoteado, en aras de un hispanismo a ultranza, la contribución del negro a nuestro desarrollo cultural. Bien nos lo han advertido Carpentier y José Luis González en las otras Antillas hispanoparlantes. El ámbito de la investigación de lo religioso sólo podrá ser reorientado si se acepta que está enmarcado en la polémica anti-mágica del mundo occidental (y esto lo

entiende Deive aún cuando no lo supera) y en la negación que se hace de la contribución africana.

Deive inserta su investigación de la creencia popular dominicana en el marco de la antropología cultural rechazando el psicologismo fácil y el prejuicio racial. No logra enmarcar el tema en la interacción entre lo macro y lo micro de la Ciencia Social. Tampoco nos ofrece una etnografía del fenómeno de la creencia religiosa dominicana desde el creyente mismo. Su contribución es un paso de avance a pesar de no poder salvar aquellos abismos que quiere evitar. Esto es así, posiblemente, por un apego muy arraigado a las categorías de lo "sagrado" de los teóricos europeos.

Antonio T. Díaz-Royo